

Teléfono 3317

SAN JOSE, C. R., SETIEMBRE DE 1947.
AÑO XI VALE C 0.10 N° 90

Apartado 758

TRIQUITRAQUE

Dirección: CARLOS LUIS SAENZ
ADELA DE SAENZ

Administración:
LILIA GONZALEZ G.



Y cuando sea grande...

MAMA, ¿PODRE ESTUDIAR, PODRE REALIZAR
TODOS MIS SUEÑOS Y MIS ASPIRACIONES?



SI, SEÑORA:

La seguridad de que su hijo pueda realizar sin mayores dificultades económicas sus aspiraciones, está en su mano, señora Madre, señor Padre de familia.

EL BANCO NACIONAL DE SEGUROS le ofrece el medio para asegurar el porvenir de su hijo: **UNA POLIZA DOTAL DE EDUCACION.**

Con la **POLIZA DOTAL DE EDUCACION** usted contará con los **MEDIOS ECONOMICOS INDISPENSABLES** para la educación de sus hijos.

¡No lo deje para mañana!

¡Decida hoy mismo la seguridad de sus hijos!

Nuestros Agentes están a sus órdenes; converse con ellos, hoy mismo, o llame al **TELEFONO CINCO, OCHO, CERO, CERO (5800)** Departamento de Ventas. Sin ningún compromiso de su parte, le daremos toda la información que necesite para asegurar a sus hijos con una **POLIZA DOTAL DE EDUCACION.**

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

PARA LA SEMANA CIVICA

El Poeta Nacional, Aquileo J. Echeverría



AQUILEO J. ECHEVERRIA

La Meseta Central, con sus frescos y serenos campos, cultivados principalmente de cafetales, potreros y cañaverales, y la población campesina, los "conchos" que la pueblan, constituyeron el ambiente que el poeta nacional pintó con palabras en sus producciones en verso, en sus originales "CONCHERIAS", como él las llamó.

Son las CONCHERIAS de Aquileo J. Echeverría romances llenos de gracia y de buen humor, de acción y de colorido, en que se tiene un cuadro vivo del campesino "t'co" contemporáneo del poeta.

Son, casi todas pequeñas comedias o pequeños dramas en que el campesino, principal personaje en todos ellos, nos cuenta en su propio lenguaje su manera de sentir la alegría o la tristeza, la suerte propicia o la adversa, las congojas pequeñas o grandes de su existir; su peculiar modo de entender la

política y la medicina, el amor, la vida y la muerte.

Las más de estas CONCHERIAS mueven al lector a la sonrisa inteligente o a la risa franca de ancho cauce, porque la nota predominante en ellas, y que resalta con maestría de gran artista de la palabra, es el buen humor. Nos reímos de la malicia con que el campesino socarrón se defiende en sus "tratos"; nos tenemos que reír a costillas del maestro rural que en la típica comilona de bodas campestres les espeta a los novios un altisonante discursillo relleno de palabrería hueca; nos reímos al escuchar a la comadre o al compadre recetando remedios caseros imponderables, con un aplomo de sabio cúralotodo y con una fe que no admite dudas.

En algunas otras CONCHERIAS el tono del buen humor nos llega un poco asordinado por el contraste de lo trágico que el poeta le apareja: la madre del "angelito" que medio a medio de la "parranda" del velorio llora lágrimas desesperadas sobre los tinamastes del encendido fogón; los sufrimientos del campesino-ciudadano que no acierta a comprender por qué una tiranía despótica lo veja y lo apalea; el viril temple de los jóvenes rivales que, cara a cara, machete en mano, en lugar solitario y a la luz de la

luna, se deciden al duelo a muerte y que, cristianamente a su modo, entre sí se perdonan por adelantado el irremediable homicidio.

Aquileo J. Echeverría supo ver y sentir y expresar todo esto y mucho más; así su poesía es verdadera poesía de la vida campesina. Sus CONCHERIAS no están escritas en lenguaje culto, sino en lenguaje popular, porque sólo así logran tener semblante propio, esencia y sabor populares. Hay que leerlas teniendo en cuenta esta circunstancia para poder entenderlas correctamente y disfrutar de toda su gracia.

“Conociendo la Patria se aprende a amarla”, dijo un gran escritor francés; en el caso de la obra poética de nuestro Poeta, amamos más a nuestro pueblo campesino, parte integrante de la Patria, después de leer y apreciar las CONCHERIAS en que Aquileo J. Echeverría logró estampar admirables aspectos del alma del “concho” costarricense.

Van, para los niños, estos bellos poemitas de Aquileo:

MI PAJARITO

Yo tenía un pajarito
preso en la jaula
y mi madre me dijo
que lo soltara,
que Dios dió a esos seres
dos lindas alas
para que en el espacio
libres volaran.
Hay un rosal frondoso
frente a mi casa;
juegan sus rosas frescas
con mi ventana;
y desde que en el cielo
sonríe el alba,
hasta que allá en la tarde
la luz desmaya,
al rosal viene el ave
y alegre canta
y su canto de gloria
me llena el alma.
Yo comprendo su idioma,
madre; yo lo comprendo;
en notas claras, alegres
y armoniosas, te dire:
Gracias.

MI GATITA TELMA

Tengo una gatita
que se llama Telma;
es de las angoras
la gata más bella.
Los ojos azules,
breves las orejas,
lo boquita roja
como una cereza.
La cola esponjada,
muy larga, muy crespa;

de marfil las uñas
y la piel de seda.
Su traje es de armiño,
sus polainas negras
y un lucero oscuro
en la frente ostenta.
Cuando enarca el lomo
o hacia atrás se sienta,
y atusa el mostacho
parece una reina.
No hay gata más linda
que mi gata Telma.
Los gatos del barrio
se mueren por ella.
No pasa una noche
sin que haya pendencias;
y mil serenatas
y trovas y endechas;
pero mi gatita
no se cuida de ellas,
y apenas principia
la gárrula orquesta,
debajo mi cama
se acurruca y reza
o medio ovillada
duerme o ronronea:
en tanto que arriba
los tenores bregan
asustando ratas
y quebrando tejas.
¡Bien haces mi gata!
¡Bien haces mi Telma!





El Enano del Bosque

El rey de aquel antiguo reino era fuerte como un toro, la reina era alta como una palmera, pero la princesita era débil como un pajarillo enfermo.

—¿No me sanaré nunca?—preguntaba.

Y el rey y la reina desviaban la mirada para que la princesita no viera que tenían los ojos llenos de lágrimas.

Un día, llamada por el rey, llegó al palacio un hada muy buena. Sus alas eran transparentes y tenía en la mano la varita mágica.

Al verla, el rey fuerte como un toro, se echó a llorar como un niño y le dijo:

—Todes los tesoros de mi reino, buena hada, los daría a cambio del remedio que curara a mi hija.

—Bien—murmuró el hada. Levantó su varita mágica, la hundió en la pared y...

—¡Oh!—balbuceó el rey, al ver que el hada y su varita desaparecían misteriosamente.

El hada pasó en un instante a través de las enormes paredes del palacio y llegó hasta el cuarto en que, recostada en su sillón, descansaba la princesita. Sin que ella se diera cuenta la contempló durante un segundo. Después volvió al lado del rey.

—Tu hija sanará—dijo—cuando coma una manzana maravillosa que crece en un huerto de tu reino.

Dicho esto desapareció.

Durante cien días y cien noches los pregoneros del rey, vestidos de rojo y con brillantes trompetas, recorrieron el país.

Y cuando sus claros sonos se oían en los campos y en las ciudades la gente se reunía para escuchar el mensaje del rey:

“Quien traiga la manzana maravillosa, se casará con la princesita”.

Al anochecer del centésimo día un pregonero llegó hasta el pueble-



cillo más apartado del reino. Sólo tenía cinco casas, y en una de ellas vivía un pobre campesino con sus tres hijos.

Al oír el mensaje, el padre llamó al hijo mayor y le dijo:

—Amaraldo, quizá las manzanas de nuestro huerto curen a la princesa. ¿Por qué no? ¿Eh? Y si la curan entonces tú te casarás con ella. ¡Claro que sí! ¿Eh? Entonces... ¡anda, toma algunas y vete al palacio del rey!

El muchacho hizo lo que el padre le ordenaba. Puso unas manzanas en una cesta y echó a andar.

Caminó mucho. Llegó a un río, lo cruzó. Llegó a un bosque, se internó en él. Y en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque vió aparecer un enanito de barba muy larga y muy blanca que le dijo así:

—Pregunta preguntita:
¿Qué llevas en la canastita?

—Ranitas—contestó Amaraldo que era muy burlón.
El enanito se echó a bailar alrededor de la cesta y cantó así:

¡Lo dicho, dicho está,
y así se quedará!
¿Como dijiste será?

Y, baila que baila, el enanito de barba muy larga, muy blanca, se perdió en el rinconcito más oscuro del bosque.

El joven siguió el viaje hasta el palacio y dijo a los guardias:

—Decid al rey que traigo la maravillosa manzana.

Pero, ¿sabéis qué pasó cuando el rey acudió? Pues... ¿que en lugar de manzanas aparecieron seis ranas?

—¡Vete!—gritó furioso el monarca—¡Vete!

—Sí, sí, ranas manzanas—dijo Amaraldo aturcido. Y volvió a su pueblecillo, donde contó todo... lo que le convenía.

El padre le oyó, llamó a su hijo segundo y le dijo:

—Araldo, quizá las manzanas de nuestro huerto curen a la princesa. ¿Por qué no? ¿Eh? Y si la curan, tú te casarás con ella.

—¿Claro que sí? ¿Eh? Entonces... ¡anda, toma algunas y vete al palacio del rey!

El muchacho corrió al jardín, tomó seis hermosas manzanas, las puso en un cesto y echó a andar.

Caminó mucho. Llegó a una montaña, la escaló. Llegó a un bosque, se internó en él. Y en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque vió aparecer un enanito de barba muy blanca y muy larga, que le dijo:

—Pregunta preguntita:

¿qué llevas en la canastita?

—Un oso—respondió Araldo que era muy embustero.

Entonces el enanito se echó a bailar alegremente alrededor de la cesta y cantó así:

—Lo dicho, dicho está,

y así se quedará!

¡Como dijiste será!

Y, baila que baila, el enanito de barba muy blanca y muy larga se perdió en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Pobre tonto!—dijo Araldo al verlo desaparecer.—¡Cómo lo engañé!

Pero se equivocaba, pues, cuando en presencia del ya desconfiado rey abrió la cesta, un osito apareció dentro de ella.

—¡Vete!—gritó el monarca. Y dió un golpe tan fuerte en el suelo que se rompieron los vidrios de las ventanas del palacio.

¡Sííí—gritó Araldo. Y más rápido que volando volvió a su casa, donde contó todo... lo que le convenía.

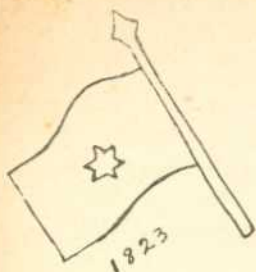
—¡Ajá!—exclamó el padre. Y mirando a su hijo menor dijo:

—Aldo, las manzanas que quedan en el huerto ya no son tan grandes ni tan rojas. Y no curarían a la princesa. ¿Eh? ¡Claro que no! Y por eso es mejor que te quedes. ¿Eh? ¡Claro que sí!

Pero Aldo, que sufría porque la princesita estaba enferma, insistió hasta que su padre le permitió llevar las manzanas.

Tomó las seis mejores que quedaban, las colocó en un cesto y se puso en marcha.

(Termina en la página 11)



El Acta de la

==== SABADO 13 DE OCTUBRE

Mediodía. Las campanas como siempre, repicaron y sus religiosas voces cayeron del campanario en el aire nebuloso de la empedrada Cartago. A sus toques, se signaron todos los buenos cristianos: "Ave María gracia plena", las viejecitas rezaron.

Después, cantó un pajarillo en las ramas de un durazno. Siguió en la ciudad la vida en su ajeteo rutinario: el platero en su taller, el santero con sus santos, el viejo picapedrero picando piedra en su tajo, el maestro con sus chicos



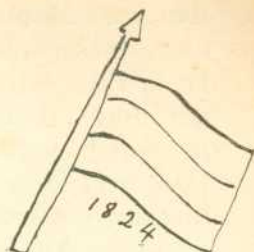
coreando el abecedario, las mozas en las cocinas moliendo rico cacao y el señor Gobernador dictando a los escribanos que en los papeles escriben su dictado muy despacio. En la paz de la ciudad, la muy noble y leal Cartago, todo es rutina y silencio al mediodía de ese sábado. En esto, don Juan Manuel interrumpe su dictado. Se estiran en sus butacas los curiosos escribanos a ver qué trajo el correo de Guatemala llegado. Es el correo mensual que le ofrece al vecindario alguna que otra noticia de la corte o del reinado. Don Juan Manuel examina los papeles con cuidado; son papeles oficiales; el sello lo dice claro. Abre la plica y sus ojos recorren lo escrito... ¡Malo!

Las arrugas de muy hondo se le y a medida que se va poniendo y los papeles le



Independencia

SEPTIEMBRE DE 1821



su frente
han marcado
los lee
más pálido
tiemblan



visiblemente, en las manos. En las butacas de cuero se quedan los escribanos sin respirar. ¿Qué dirán los impresos que llegaron?...

Nada bueno han de decir, basta sólo con mirarlo en don Juan Ml. de Cañas que se ha puesto amoratado y que colérico muerde, tras las palabras, los labios. Don Juan Ml. pide un vaso de agua, que se bebe al punto y casi de un solo trago.

Luego guarda en su casaca los mensajes, muy airado, sin decir una palabra, sin hacer un comentario. El asunto ha de ser grave porque manda, sobre el acto, convocar cabildo abierto que es del todo necesario. Ya se reúnen los prohombres

(bres

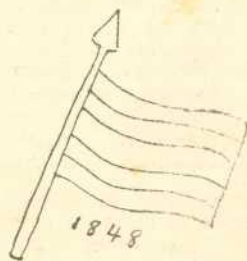
al cabildo convocados; unos a otros se miran y están todos esperando...

¿Qué pasará en Guatemala?
¿Habrá muerto el Rey Fernando?

Sus rostros están muy serios, muy más de lo acostumbrado.

Sin ninguna ceremonia don Juan Ml. abre el acto y con voz de extraño timbre, y a las veces sofocado, da lectura a los impresos que lo traen atribulado.

En un silencio de asombro los prohombres de Cartago escuchan aquel mensaje totalmente inesperado y con el alma en un hilo poco a poco se enteraron.



El mensaje que leía don Juan Manuel, era el Acta de la Independencia escrita en la vieja Guatemala, que don Gabino Gainza le remitía y firmaba.

¡Desde el 15 de Setiembre no éramos siervos de España y Centro América unida a sus hijos deparaba patria libre, en el concierto de naciones soberanas!

Como un gran trueno, cundió la noticia por Cartago.

“¡Independencia, señor, es un peligro extremado!”, comentaban los realistas reunidos con los letrados.

Don Juan Manuel, en su casa esa noche estaba huraño;

sacudía su espadón, que al cinto traía colgando, por la sala en donde andaba igual que gato enjaulado; a las ocho, rechazó su jicara de cacao.

A las ocho de la noche, trece de octubre, ese sábado, por las almas de los muertos las campanas repicaron; y porque Dios nos librara de andar por caminos malos, otra vez las viejecitas sus oraciones rezaron.

Después, en todos los huertos sonó el canto de los gallos y se durmió entre neblinas el gran Irazú cercano.

C. L. S.

A UN MIRLO

Avecilla pardo oscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo oscura?
¿Ha muerto tu compañero?
¿Te ha robado el caro nido
algún cazador artero?
¿Por qué lloras? ¿Qué has per-
(dido?)
¿Ha muerto tu compañero?
Con infinito dolor,
como aves de liras rotas,
das al viento tu clamor,
y el viento arrastra sus notas
con infinito dolor.
Bate las alas y canta,
olvida tus hondas penas,
el pico, altiva, levanta:
¿por qué al dolor te encadenas?
Bate las alas y canta,
Estás triste, no contestas.

¿No te alegra la mañana?
Mira al cielo, está de fiestas,
vestido de azul y grana.
Estás triste, no contestas.
Avecilla pardo oscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llenas de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo oscura?



Interesa saber a nuestros Agentes que acostumbran enviar por correo los dineros producto de la venta de TRIQUITRAQUE, que dirigiendo su certificado a "Administradora de la revista TRIQUITRAQUE gozan de franquicia postal.

EL ENANO DEL BOSQUE

(Viene de la pág. 7)

Caminó mucho. Llegó a un desierto; lo atravesó. Llegó a un bosque, se internó en él. Y en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque vió aparecer un enanito de barba muy blanca y muy larga que le dijo así:

—Pregunta, preguntita:
¿qué llevas en la canastita?

—Manzanás. Manzanas para curar a la hija del rey—contestó Aldo, que era muy bueno y que jamás mentía.

Entonces el enanito se echó a bailar alegremente alrededor de la cesta, y cantó así.

¡Lo dicho, dicho está,
y así se quedará!
¡Como dijiste, será!

Y, baila que baila, el enanito de barba muy blanca y muy larga se perdió en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque.

Aldo siguió su viaje. Llegó al palacio, dijo qué quería, y, después de mucho, mucho insistir, consiguió entregar las manzanas al rey, que, a su vez, se las llevó corriendo a la princesa.

Pasó un minuto, dos minutos, tres. Una puerta se abrió lentamente. Apareció un guardia, después otro guardia. Después se abrió otra puerta. Un tercer guardia apareció con aire soñoliento. El reloj dió las doce. Y, de pronto... ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡RATAPLAN! ¡PLAN! ¡PLAN! Las puertas se abrieron y cerraron con estrépito, las trompetas y los tambores atronaron el espacio... y en el salón entraron el rey, la reina y la princesita, que estaba más roja que una manzana y más alegre que un concierto de cascabeles.

—¡Mi hija está SANA, SANA, SANA!—gritó el rey. Y miró a Aldo... y lo vió pobre... y mal vestido... y murmuró con un gesto avinagrado: ¡S-A-N-A!

Evidentemente, ahora no le gustaba mucho que su hija, la princesa más bella y rica de la tierra, se casara con ese muchacho que parecía venido del lugar más apartado del mundo.

Por eso, llamando a Aldo con gesto autoritario, le dijo:

—¡Lo que yo digo lo cumplo! Por eso, para cumplir mejor, quiero, que antes de casarte con mi hija, demuestres que eres digno de ella. Oyeme bien: mañana tendrás que cuidar una manada de cien conejitos. Si se te llega a perder uno solo de ellos eso significa que no sabes cuidar las cosas del reino, y no podrás casarte con mi hija.

Dicho y hecho, Aldo se encontró al día siguiente entre doscientas orejitas largas y aterciopeladas, cien colitas blancas y doscientos ojitos rosados, que comían, se movían, brincaban, desaparecían y volvían a aparecer...

Aldo enloquecido, perseguía a uno..., se le escapaban diez. Quería atrapar a los diez..., y los cien echaban a correr.

—¡Ah, no podré casarme con la princesa!—murmuró jadeante y fatigado.



Pero en aquel momento—nadie supo de dónde—apareció el enanito de barba muy blanca y muy larga, que vivía en el rinconcito más oscuro del oscuro bosque. Sacó del bolsillo de su levita un cuerno, se lo entregó a Aldo y dijo:

—Cuando suene el cuernito regresará el conejito.

Dicho esto desapareció. Aldo llevó el cuerno a sus labios... ¡ta-ra-rara!, y en un segundo los cien conejitos estuvieron junto a él. Con ellos el joven regresó al palacio.

—¿Cien?—dijo al verlos el rey.

—Cien.

—¡Oh! ¡Oh!—y el monarca pasó el dedo frente a cada conejito, mientras contaba asombrado.

—¡Bien—dijo al fin—¡Lo que yo digo lo cumplo! Por eso para cumplir mejor, quiero que antes de casarte con mi hija me traigas una escama del dragón alado.

—¡El dragón alado?—repitió Aldo. Y un temblor helado recorrió su cuerpo al recordar que nadie, nadie, había podido jamás llegar hasta la gruta en que habitaba aquel terrible animal, y en el otro extremo del mundo.

Desesperado, marchó al oscuro bosque, y allí, en el rinconcito más oscuro, se le apareció el enanito y le dijo así:

—Aleluya aleluya

¡La escamita será tuya!

Dicho esto desapareció. Aldo echó a caminar. Caminó durante días y días. Cruzó desiertos. Subió montañas. Atravesó grandes ríos. Cuando tenía hambre, golpeaba en las puertas de las chozas o de los palacios. Dormía en lechos de pluma o sobre montones de paja. ¡Pero jamás se desanimaba! “¡Llegaré! ¡Llegaré!”, pensaba. Y las gentes, al verlo tan bueno y saber lo que se proponía, no dejaban de ayudarlo y darle algunos encargos.

—Pregúntale al dragón dónde está la llavecita de la cueva encantada del Niño Dormido—le dijo un anciano.—Hace ciento cuarenta años que la perdió el abuelo de mi abuelo, y jamás se ha podido encontrar.

—Pregúntale al dragón si hay algo que pueda curar a Glauco, mi señor—le dijo una viejecita.—Es joven y hermoso como el sol, pero ¡ay!, nadie sabe el mal que le consume.

—Pregúntale cómo puedo libramme de esta maldición—le dijo un barquero llamado Topacio.—Hace treinta años que estoy atado a estos remos y no me puedo soltar.

—Le preguntaré—respondía Aldo. E incansable seguía caminando. Así fué como un día, cuando el sol parecía un enorme disco de fuego escondido entre los montes, llegó a la cueva del dragón alado.

Un hada hermosa como un buen sueño lo detuvo al llegar.

—¿Qué quieres?

—Quiero una escama del dragón alado—respondió Aldo. Y le contó su extraña historia y la de los seres que había hallado en su camino.

—Entra y óyeme bien. El dragón alado odia a los hombres; yo los quiero. El trata de matarlos; yo de salvarlos. Lo mismo haré contigo.

—¡Gracias, buena hada!—susurró Aldo, mirando con asombro y temor la enorme y extraña gruta que le servía de morada al dragón alado.

—¿Qué debo hacer?

—Escóndete en aquel rincón. Cuando el dragón duerma arráncale una escama con el mayor sigilo. ¡Y oye bien cuanto él diga!

De pronto, a lo lejos, se oyó algo horrible... algo que parecía un trueno... o un volcán que estallaba.

—¿Qué es eso?—balbuceó Aldo tembloroso.

—¡Rápido, escóndete!—gritó el hada!—¡El dragón regresa!

No había pasado un minuto cuando en la entrada de la cueva se oyó un estruendo infernal, un batir de alas que parecían golpear el aire como con cien martillos.

—¡Carne humana!—rugió el dragón entrando.—¡Siento olor a carne humana!

—Un viejecito ha venido—dijo el hada sonriendo.—Confundido, ya se ha ido...

—¡Carne humana!, repitió el dragón. Y abrió y cerró la boca como cortando el aire con los dientes. Después se acostó.

—Carne humana... —repitió una vez más. Y bajó pesadamente la cabeza, vencido por el sueño.

El hada hizo un movimiento con los ojos, Aldo corrió en puntillas de pie hacia el dragón y...

—¡Carne humana!—gritó éste lanzando un alarido terrible y dando un salto en su lecho. ¡Pero estaba dormido, dormido como una piedra, y soñaba que comía carne humana!

—Aldo estiró un mano, la sostuvo con la otra para que no temblara tanto, y arrancó una escama. Después corrió a refugiarse en su rincón.

—¡Carne humana!—volvió a gritar el dragón abriendo los ojos.—¡Carne humana junto a mi cama! ¿Quién me ha tocado?

—He sido yo—murmuró el hada.—Quería preguntarte unas cosas.

—Pregunta.

—¿Dónde está la llavecita de la Cueva del Niño Dormido?

—Entre la paja, delante de la puerta que da al bosque.

—¿Cómo podría curarse Glauco el joven señor, de...?

—Que busque un agujerito que un topo hizo en el centésimo escalón de su palacio—dijo en voz baja el dragón.

—¿Cómo podría librarse de los remos Topacio, el barquero?

—Que los deje en las manos... del prí... me... ro... que... pa... s... e... —pudo apenas murmurar el dragón. Y se quedó dormido.

Aldo desde su escondite no perdía palabra. Cuando la luna brilló alta en el cielo y las estrellas señalaron el camino, apretó fuertemente la escama contra su pecho, miró sonriente al hada y salió de la gruta.



Otra vez echó a caminar. Caminó. Caminó. Vió a Topacio, el barquero, y después de bajar del bote le dijo cómo podía librarse de los remos. ¡Y el barquero se libró!

Vió a la viejecita y le dijo cómo podía curarse Glauco, su señor. ¡Y Glauco se curó!

Vió al anciano y le dijo dónde podía encontrar la llavecita de la Cueva del Niño Dormido. ¡Y el anciano la encontró!

Por fin un día cuando ya su nombre corría por las ciudades y las aldeas del reino, llegó hasta la puerta del palacio real.

—Decid al rey que Aldo ha regresado—dijo a los guardias.—Decidle que traigo la escama del dragón alado y que vengo a casarme con la princesa.

—Sí, sí, sí!—gritó ésta que lo había oído. El rey, que se había asomado al oír el estruendo, movió la cabeza lentamente y murmuró:

—Bueno.

—¡Bueno! ¡Muy bueno!—gritaron a coro los pajarillos batiendo las alas, y los árboles meciendo sus hojas, y las flores balanceándose al viento. ¡MUY BUENO!—rugió el pueblo.

Y muy bueno fué realmente el príncipe Aldo, que con el correr del tiempo subió al trono de aquel antiguo reino.

CRUCIGRAMA

1	2	3	4	5
2				
3				
4				
5				

HORIZONTALES:

- 1.—Mamífero carnívoro muy feroz.
- 2.—Parte posterior del pie compuesta de siete huesos (invertido).
- 3.—Forma verbal, sinónimo de "nombro".
- 4.—Fecha en que ha sido dado un documento, o a que se remonta un hecho cualquiera (plural).

5.—Forma del verbo asomar. (Invertido).

VERTICALES:

- 1.—Cubierta de tela para dar sombra.
- 2.—Uno de los nombres de la religión de los árabes.
- 3.—Placentero — agradable.
- 4.—Parte de una planta (Plural).
- 5.—Ponga notas (Invertido).

ADIVINANZAS:

Tú que has leído libro por libro,
hoja por hoja,
dime cuál es la planta
que da la fruta en la hoja?

Cuál es la casa formada
con vestidos de animales;
cinco hermanos desiguales
hacen dentro su morada
para librarse de males.

SOLUCIONES:

Los zapatos — La tuna.



Evite las irritaciones en la piel de sus niños

Cuando el Jabón es puro, perfectamente saponificado, la ropa que con ese jabón se lava, dura mucho y se conserva siempre como nueva. Además, la ropa de los niños debe ser lavada con esa clase de jabones, porque hay que proteger la piel de los niños que es muy delicada. Muchas de las irritaciones de la piel en los niños, se deben a la mala calidad de los jabones usados para lavar la ropa. Por eso es recomendable usar un jabón tan puro y bien saponificado como el **Jabón SAN LUIS AMARILLO**. Así se

logra proteger la ropa y la piel de los niños. Fresca y sabrosa queda la ropa cuando se lava con el conocido **Jabón SAN LUIS AMARILLO**.

Les lienzos y la ropa de algodón, los estampados y toda ropa de uso diario

SE LAVAN BIEN Y DURAN MAS, CUANDO SE EMPLEA UN JABON PURO, DE RECONOCIDA CALIDAD, QUE LOS CONSERVE INTACTOS Y BONITOS.



Insista en que le vendan **Jabón SAN LUIS AMARILLO**, así estará segura de obtener todas las ventajas de este magnífico jabón.

Producto de

JABONERA NACIONAL S. A.

Para la biliosidad
y la jaqueca

Hepasana

LAXANTE HEPÁTICO
SALINO EFERVESCENTE

Nuevo

medicamen-
to para combatir
los males del hí-
gado. Su efecto
es seguro, activo
y provechoso.



DE VENTA
EN TODAS
PARTES—

LABORATORIOS BOTICA FRANCESA S. A.
fundados en 1868